

El Docente necesario

del ser real al deber ser



Maricarmen Grisolía Cardona

30 de septiembre de 2007

Es relativamente fácil quejarse de las situaciones y señalar culpables en lo que se refiere a la educación en nuestro país, en todos sus niveles. En los preescolares se reciben niños que vienen libres de prejuicios, sin vicios, sin preconcepciones sobre la educación y, en general, sobre la vida. Ya en la primaria los chicos y chicas van aprendiendo ciertas conductas y comportamientos, ciertos modos de ser y de ver la vida; y finalmente en el bachillerato se concreta la formación educativa dirigida a aprobar asignaturas para obtener un título que te da un mayor estatus y puede significar el ticket de acceso a la Universidad, en busca de una mejor posición social y económica. En la Universidad la situación parece no ser muy diferente.

Es posible que no pueda hacerse una aseveración específica sobre los orígenes del problema de la educación en Venezuela, sobre todo cuando nos encontramos en una situación de intenso cambio social, político y económico, en el que aún no se ha definido concretamente (y menos aún puesto en práctica) la posición de los distintos

agentes e instituciones relacionados con el proceso educativo (Estado, familia, Iglesia, sociedad). Lo que sí es cierto es que el docente, como parte integrante activa del acto educativo en todos sus niveles, tiene una gran responsabilidad sobre sus hombros.

Ahora bien, asumiendo una postura más productiva, correspondería analizar el problema no en términos de sus posibles causas, sino en función de buscar propuestas de solución. Y para ello se hace necesario reflexionar acerca de las características del docente necesario.

Cada quien tiene su propia interpretación del deber ser del docente. Sea en la primaria, o en la Universidad, un docente debe poseer ciertas cualidades que optimicen el proceso educativo en el que participa. Actualmente, se tratan de seguir ciertas premisas sobre hacia dónde debe encauzarse la enseñanza, y la mayoría de los autores concuerda en que hay algunos aspectos primordiales que un profesor o educador debe tomar en cuenta. Por ejemplo, según Pérez-Esclarín (1997) se debe enseñar a *ser*, a *aprender* y a *convivir*; según Villarroel (1995) debe tener una concepción no tradicional del saber, conocer su disciplina y la pedagogía de la misma; por su parte Segura (2004), luego de un análisis de las opiniones de varios autores, concluye que el docente debe tener conocimiento y destrezas andragógicas, un alto nivel de competencias, conocimiento y dominio de las TIC's, altos estándares de calidad, liderazgo e innovación y creatividad. Personalmente, pienso que un profesor debe tener principios y valores éticos, morales y ciudadanos sólidos, tener una excelente formación académica en su área de conocimiento, saber llevar una adecuada relación con sus alumnos, y tener una concepción no tradicional de la educación.

La palabra *educación* encierra una transmisión de valores, de cultura, de principios, y no de conocimientos. Así, un *educador* necesariamente debe tener una formación ética firme para poderla transmitir y formar personas que posean también una buena base moral que les permita desempeñarse adecuadamente en el medio social en que están inmersas, manteniendo una relación de respeto por sí mismo y por los demás. El respeto debe ser el valor primordial para vivir en una sociedad justa y libre.

Por otra parte, la formación académica del educador es también muy importante. Estoy convencida de que la mejor manera de enseñar algo es cuando realmente se tiene conocimiento al respecto. Cuando un profesor tiene una buena preparación en su área de enseñanza, le es más fácil idear métodos para que permitan el aprendizaje de ese conocimiento en forma coherente y en un lenguaje que sea entendible por sus alumnos, de manera que estos puedan aprehender y construir el conocimiento de la forma más natural posible. Un profesor que no tenga bien claro algún detalle o que no entienda plenamente su materia no podrá de ninguna manera darse a entender, y mucho menos disipar las dudas de sus alumnos mientras les acompaña en su proceso de aprendizaje.

Finalmente, es también importante notar que para que el proceso de enseñanza se lleve a cabo en forma exitosa, no basta que el profesor tenga una buena preparación académica, también es necesario que la comunicación sea eficiente. También se debe tomar en cuenta eso que llamamos “vocación”. El ser educador se lleva en la sangre, es ese amor por enseñar, por querer aprender cada día más, la satisfacción de darse a entender, de darse cuenta que se ha mediado el aprendizaje de un estudiante, de aceptar los errores y reconocer cuando algo se desconoce y tener esa motivación por

investigar y ampliar el conocimiento. Creo que sin eso no se puede lograr ser buen educador... Podrá ser un excelente investigador, un gran sabio, una excelente persona y un buen amigo, mas no un BUEN PROFESOR.

Ahora bien, ¿cómo lograr ser ese docente que se necesita? Creo que todo empieza por revisar nuestra concepción de la educación, por preguntarnos qué tipo de docentes somos actualmente, qué es para nosotros enseñar y qué es aprender. La formación a través de cursos de actualización, cursos de postgrado, o cualquier otra forma de engrosar nuestro Currículum Vitae no necesariamente garantiza un cambio de conciencia. Se requiere un cambio real y verdadero en la forma en que concebimos la educación, nuestro papel en esta y el papel de nuestros estudiantes. Cuando nos hayamos apropiado de una concepción educativa menos tradicional y más constructivista, más adaptada a las necesidades del entorno y menos rígida, entonces podremos empezar a ofrecer a nuestros estudiantes un camino menos accidentado para su aprendizaje. Nuestro papel es el de ayudarles a nuestros estudiantes a aprender.

Cuando adoptemos nuevas concepciones en nuestra práctica docente nos transformaremos en ese docente investigador, reflexivo, flexible, conocedor, orientador y facilitador del proceso educativo. Seremos críticos de nuestra labor y buscaremos siempre el crecimiento personal y profesional propio y de nuestros estudiantes. Seremos el docente necesario.

Como lo señala Villarroel (1995), no se trata de mejorar la educación actual sino de transformarla. Y esa transformación no vendrá de ninguna reforma educativa que implemente el Estado, vendrá de la reflexión y el cambio interno de cada uno de

nosotros, formadores de los futuros profesionales del país. Debemos siempre recordar a esos buenos profesores que hemos dejado en el camino, a esos que en realidad dejaron una huella en nosotros, para que así ellos nos sirvan de modelo. Y conoceremos de verdad lo importante que es nuestra profesión cuando sintamos la satisfacción de darnos cuenta que hemos ayudado de la formación de alumnos que consiguen superarse personalmente, que logran hacerse personas completas, que aún dentro de un sistema tan deteriorado y en crisis como el nuestro saben apreciar a ese buen profesor que le enseñó a perseguir sus sueños con principios, y a enamorarse de lo que hace.

Seamos ese profesor.

Referencias

Pérez-Esclarín, A. (1997). *Más y mejor educación para todos*. Caracas: San Pablo.

Segura, M. (2004). Hacia un perfil del docente universitario. *Revista Ciencias de la Educación*. 23(1), 9-28.

Villarreal, C. (1995). La enseñanza universitaria: de la transmisión del saber a la construcción del conocimiento. *Educación Superior y Sociedad*. 1(6), 103-122.